

Cuando el destino del Chile se jugó en las urnas el 5 de octubre de 1988

La historia del Día P

Jorge Escalante LN 31 de diciembre de 2006

Aquella madrugada estallaron bombas anunciando lo que sería la jornada del plebiscito del SÍ o el NO que decidiría si el dictador continuaba o no en el poder. Por la tarde, al sentirse perdido, Pinochet quiso dar el zarpazo sacando al Ejército a la calle. En la noche, la Junta le dio la espalda mientras el pueblo celebraba su victoria en las calles.



Eran las cinco de la madrugada del 5 de octubre de 1988, cuando comenzaron a escucharse los bombazos en Santiago. En media hora se contaron al menos 20 en la comuna de La Reina. Poco después, Radio Cooperativa informó de las explosiones. Eran sólo bombas de ruido. La energía eléctrica se interrumpió en varias zonas de la capital. Ese violento amanecer marcó lo que sería la incierta jornada de un día histórico para Chile. Al pueblo se le consultaba si, tras 16 años de opresión, quería o no seguir viviendo por ocho años más bajo el tirano aferrado al poder absoluto.

En la Escuela Militar, en la comuna de Las Condes, el comandante de Institutos Militares, brigadier Jorge Ballerino, estaba listo desde hacía horas con 600 hombres preparados para la acción con unidades blindadas, tanques y carros de combate, apenas el jefe Augusto Pinochet lo ordenara. A él se unían fuerzas comandos de elite de la Escuela de Paracaidistas de Peldehue, al mando de su director, el ex agente de la DINA y amante de “los corvos acerados” para liquidar marxistas, José Zara. Un grupo de helicópteros Puma del Comando de Aviación del Ejército estaba también disponible para entrar en combate si así lo requería la situación.

Las cartas estaban tiradas. Los comandos del NO y el SÍ a Pinochet se encontraban en sus marcas, tensionados al máximo. La propaganda televisiva del SÍ terminaba hundida en un desastre, mientras que la del NO encantó con la promesa de que “la alegría ya viene”.

El cierre de la campaña del NO reunió el sábado 1 de octubre a casi un millón de adherentes en Santiago. Pero el SÍ, aunque no logró superar la convocatoria de la oposición, cerró la carrera con un gran acto en la Alameda.

Las sedes de las representaciones diplomáticas en Santiago, especialmente las europeas y de Estados Unidos –ya más distanciado de la dictadura–, habían recibido en los días previos decenas de llamadas y visitas de opositores que solicitaron la venia para asilarse si la noche del 5 rebrotaba el salvajismo pinochetista. Muchos tomaron precaución. La noche previa al Día P (de plebiscito y Pinochet) no pernoctaron en sus domicilios. Nadie sabía qué ocurriría la noche del 5, y el corazón de Chile palpitaba en bandolera.

Siete millones y medio de inscritos en los nuevos registros electorales del país, abiertos en febrero de 1987, se preparaban a las horas de las explosiones para salir temprano a votar en las 22.131 mesas receptoras.

El país estaba repleto de observadores y representantes de la prensa internacional. Nadie quería perderse la extraña fórmula con que Chile se jugaba su destino, con cuatro mil muertos y desaparecidos en la espalda.

Los lugartenientes

Aunque las encuestas más serias daban ganador al NO, Pinochet confiaba firmemente en su triunfo. Así se lo prometían a diario los ministros del Interior, Sergio Fernández; de la Presidencia, general Sergio Valenzuela; de Gobierno, Orlando Poblete, y el vicecomandante en jefe del Ejército, teniente general Santiago Sinclair. Era el grupo superior constituido por Pinochet para enfrentar la trascendental batalla. Confiaban en la tarea político-electoral que los alcaldes designados venían desarrollando en las comunas desde hacía meses a lo largo y ancho de nuestro Chile formalista, ordenado y ceremonial, amante de los timbres y las estampillas y... de las elecciones.

La última encuesta del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC) de fines de septiembre de 1988, dio un 54,5% para el NO, y sólo un 21% para el SÍ. Los seguidores del régimen militar aparentemente preferían esconder su intención de voto continuista.

Sin embargo, los comandantes en jefe de la Fuerza Aérea, la Armada y Carabineros sospechaban que existían serias posibilidades de perder. En las semanas anteriores al plebiscito, la inteligencia de la policía uniformada realizó su propio sondeo y concluyó que ganaría el NO. Así se lo comunicó su director general, Rodolfo Stange, al general Fernando Matthei y al almirante José Toribio Merino.

El círculo estrecho de Pinochet seguía crédulo en la victoria, a pesar del desastre de la franja televisiva del SÍ. El propio dictador intervino para tratar de mejorarla, desplazando al equipo creativo e instalando en el mando, con el ministro Fernández a la cabeza como coordinador, a sus incondicionales: Jovino Novoa, Joaquín Lavín, Carlos Délano y Manfredo Mayol.

“Pinochet: 4 votos”

Pinochet se impuso ante todos para ser nombrado candidato único, designado como tal por los cuatro integrantes de la Junta Militar el 30 de agosto de 1988. Incluso contra la voluntad de no pocos de sus partidarios y de algunos miembros de la propia Junta. Consideraban que jugarse en las urnas con el rostro de quien, en Chile y el extranjero, se le imputaban responsabilidades por crímenes de lesa humanidad, implicaba un serio riesgo de perder la consulta. Algunos empresarios, incluso, se opusieron a aportar su dinero a la campaña, recolectado por el ministro del Trabajo, Alfonso Márquez de la Plata.

Al día siguiente de su ratificación como candidato en la Junta Militar, el diario opositor “Fortín Mapocho” tituló su portada rememorando los resultados de las últimas elecciones presidenciales en democracia:

“Jorge Alessandri (1958): 389.948 votos.

Eduardo Frei Montalva (1964): 1.410.809 votos.

Salvador Allende (1970): 1.070.334 votos.

Pinochet: 4 votos”.

El titular de su director, Alberto “Gato” Gamboa, fue destacado por los quiosqueros del centro de Santiago que –a esas alturas– estaban más despabilados.

La importancia de un tribunal

En la fase de preparación del plebiscito por el régimen, un personaje casi desconocido, sin ser un abierto opositor a Pinochet, cumplió una misión que resultaría fundamental para la legitimidad del resultado: el abogado Enrique Valenzuela Somarriva.

Propuesto por el Consejo de Seguridad Nacional como miembro del recién creado Tribunal Constitucional (TC), aunque con el voto contrario de Pinochet, Valenzuela fue vital para que el régimen se viera obligado a permitir que el proyectado Tribunal Calificador de Elecciones, que en principio entraría en funciones sólo en diciembre de 1989, lo hiciera antes del 5 de octubre de 1988.

El asunto no era trivial. Antes del plebiscito no había partidos políticos legalmente constituidos y la ley general de elecciones y escrutinios adolecía de un apoyo principal, por lo que tampoco la oposición podía designar apoderados para que controlaran la votación en las mesas receptoras. Para Valenzuela Somarriva, el resultado de la consulta popular podía entonces ser fácilmente impugnado por cualquiera, dependiendo de quién triunfara, y ello conduciría al caos o a una salida incierta y peligrosa.

Pinochet y el régimen se mantuvieron firmemente contrarios a esta idea, dándose cuenta de que con ello se les quería poner una soga al cuello y se les reducía el campo de acción para planificar a su antojo la consulta ciudadana.

Apenas por un voto, cuatro contra tres, la posición de Valenzuela ganó en el TC. El camino para que la oposición construyera sus instrumentos de acción y fiscalización de la jornada que se avecinaba quedó pavimentado y Pinochet se apretaba los dedos con sus propios candados.

Los partidos rebeldes al régimen –que aun sin estar estructurados legalmente habían seguido funcionando clandestinos o con una vida semipública a medida que la dictadura se debilitaba– se habían agrupado en diversas instancias de participación que fueron variando según las condiciones de lucha. El Partido Comunista, sin abandonar su participación en estos centros de acción y resistencia pública, a partir de 1980 y luego del fraude electoral para aprobar la nueva Constitución, dio un giro y por primera vez incorporó la consigna “todas las formas de lucha”. Elegantemente, significaba que se abría a la posibilidad de lucha armada para derrotar a la dictadura.

Inicialmente, la oposición rechazó la idea del plebiscito porque su trabajo se orientó hacia las “elecciones libres”, pero ahora 17 partidos se constituyeron en la Concertación de Partidos por el NO. Los humanistas fueron los primeros en inscribirse legalmente. Luego siguieron los otros. Las armas para el combate del 5

de octubre se afilaban rápido. Al frente había un enemigo poderoso, odioso y asesino.

Comienza el mañoseo

El primer atisbo de que algo podría ocurrir esa noche lo dio el mismo Pinochet cuando llegó a La Moneda pasadas las diez de la mañana. “Hay 25 mil hombres listos”, advirtió socarrón a la prensa, vestido de civil y con una perla en la corbata.

El comando del NO, que tenía como secretario ejecutivo al DC Genaro Arriagada y como coordinador al sociólogo del Mapu Enrique Correa, dio el primer respingo a las 11:30, cuando el subsecretario del Interior, Alberto Cardemil, emitió el segundo informe sobre la constitución de mesas receptoras de sufragios, afirmando que en el país estaba constituido el 75% de las mesas, cuando el comité técnico del comando del NO tenía ya en su central de cómputos el 89%.

A esa hora frente a los locales de votación se producían aglomeraciones. Los militares dificultaban la entrada. Desde el comando del NO llamaron al jefe de plaza, el general Jorge Zincke, que previamente se había coordinado para ese día con el comando y el Comité de Elecciones Libres (CEL), presidido por el DC Sergio Molina.

El jefe de plaza se comprometió a resolver el tema de la congestión, pero en el comando del NO comprendieron que el régimen quería atrasar como fuera el proceso de votación. Corrió el rumor de que las mesas podrían cerrar cumplido el tiempo de apertura, sin importar que todavía hubiese ciudadanos esperando sufragar. El temor crecía.

A las dos de la tarde, la empresa Gallup, del oficial retirado de la Armada Carlos Asthon, contratada por el jefe de la casa del SÍ, Luis Cordero, ubicada en calle Londres –paradojalmente, frente al centro de torturas de la DINA de Londres 38–, entregó el resultado de una “encuesta a la salida de locales de votación”. Según la encuesta, el SÍ ganaba con un 46%, contra un 33% del NO.

Se activa la bomba de tiempo

A las 19:30, Cardemil entregó el primer cómputo parcial, apenas con el 0,36% del total, correspondiendo sólo a 79 de las más de 22 mil mesas receptoras. Según éste, el SÍ arrojaba un 57,36%, versus un 40,54% para el NO.

Alerta en sus trincheras, la oposición brincó de sus asientos no sólo porque sus propios conteos, manual y computacional, tenían a esa hora bastantes más votos contados, sino también porque en éstos el NO ganaba indiscutiblemente, tendencia marcada desde temprano por la tarde con los primeros cierres de mesas.

Nuevamente se confirmaba que, por alguna razón, la dictadura retrasaba los resultados. A partir de ese momento la jornada entró en su fase más crítica. Algunos pinochetistas ya celebraban el triunfo en el barrio alto de Santiago. En la casa del SÍ se encendían las luces y salían los primeros “¡Viva Pinochet!”.

El comando del NO se había comprometido con el régimen a entregar resultados sólo cuando tuviese reunida una cantidad considerable de votos escrutados, y lo mismo hizo el CEL. Pero ahora, ante lo que sucedía, se evaluaba nerviosamente adelantar la entrega, sabiendo que ello provocaría de inmediato una reacción en la población. En el comando estaban reunidos los Partidos de la Concertación por el NO. Curiosamente, Matthei, Merino y Stange habían perdido el contacto con La Moneda y con Pinochet, y no por decisión de ellos. Sospecharon que algo serio

estaba por suceder. Todo lo que ocurriría después iba a quedar grabado a fuego en la memoria y en la historia.

Operación “patear el tablero”

Cerca de las ocho de la noche, Pinochet llegó a La Moneda. Se enteró de las malas nuevas, pero sus ministros políticos le contaron el cuento de que todavía faltaba por escrutar muchas mesas de mujeres, donde él arrasaba seguro. Cardemil se había comprometido a entregar el segundo informe parcial a las nueve de la noche, pero esto no sucedió. El palacio hervía en conjeturas y ahora los pensamientos predominantes eran más bien malévolos.

Apenas pasadas las ocho, Pinochet habló con la prensa. Confirmó que el SÍ ganaba y se mostró confiado en el triunfo, aunque agregó un ingrediente más a la trama: “Pero hay información de que se ha visto gente con pasamontañas y armas en algunas poblaciones”.

Como un reguero, en los minutos siguientes se desató una serie de informaciones similares, todas apuntando a denuncias sobre situaciones de violencia opositora armada, agregándose que habían comenzado allanamientos.

Carabineros se sumó y el general Gabriel Ormeño, jefe de la Zona Metropolitana, denunció que días antes “individuos no identificados” habían robado buses policiales y uniformes con los que ahora habían salido a la calle. La dictadura preparaba la operación “patear el tablero” y, con la excusa de esas denuncias, pretendía sacar las fuerzas a la calle.

Pinochet citó a Merino, Matthei y Stange a La Moneda para una reunión urgente a las ocho y media.

A las nueve de la noche, Genaro Arriagada cruzó la Alameda y se dirigió al centro de prensa del NO. Iba a lanzar la bomba. Con poco más de 200 mil votos escrutados por el comité técnico del comando, el NO era claramente ganador. Arriagada habló en medio de una batahola de reporteros. Para el NO, 58,7%. Para el SÍ, 41,3%. El golpe al mentón del dictador estaba lanzado y lo tocó fuerte. No lo tiró al suelo de inmediato porque en palacio los suyos le seguían mintiendo. Pero adentro ardía Troya.

Entonces fue que se dio la extraña orden para que Carabineros abandonara el centro de Santiago. Los núcleos de la información quedarían sin protección. Pinochet preparaba el nuevo golpe y las fuerzas apostadas en la Escuela Militar entraron en estado de alerta. La policía cortó la Alameda, entre Plaza Italia por el este y la Carretera Panamericana por el oeste, prohibiendo todo tipo de circulación ciudadana.

Temblor en la calle Londres

A las diez y media de la noche, el subsecretario Cardemil leyó el segundo informe parcial en el edificio Diego Portales: con 677 mesas contadas, el SÍ ganaba con un 51,3%, mientras el NO tenía un 46,5%.

Poco después, en la casa del SÍ, Jorge Fontaine daba la primera señal clara a sus adherentes, aunque de manera críptica, al declarar que la derrota los había sorprendido. “¡Vamos ganando, aunque el NO se ha acercado mucho!”, dijo pálido y con la barbilla temblando.

“El SÍ tiene un 50,3% y el NO un 49,6. Ahora les pido que se vayan a sus casas muy tranquilos, y mañana nos juntamos aquí mismo a celebrar el triunfo de nuestro general. ¡Viva Pinochet!”, gimió Fontaine. El silencio fue absoluto, se

apagaron las luces y todos abandonaron el lugar. La prensa buscó a los dirigentes del SÍ, pero no había nadie con quien hablar.

El comando del NO respondió con otro informe sobre dos millones de votos. El NO, un 57,8%. El SÍ, un 40,2%. La Moneda preparó un tercer cómputo sobre un millón de votos, donde todavía ganaba el SÍ. Se pensó en llamar a los pinochetistas a celebrar en La Moneda. Se le pidió al general Ormeño que abriera el centro. El general se negó. Andrés Allamand amenazó desde Renovación Nacional que si el régimen entregaba ese nuevo informe sobre un millón de votos manteniendo ganador al SÍ, él lo desmentiría públicamente.

Poco antes de medianoche, el presidente de la DC y vocero de la Concertación por el NO, Patricio Aylwin, y el ex ministro de Pinochet Sergio Onofre Jarpa se presentaron ante las cámaras de Canal 13. Jarpa admitió el triunfo del NO.

¡Son todos unos traidores!

En La Moneda, Pinochet citó a todos sus ministros a una reunión para antes de las 00:30 horas, y a Merino, Matthei y Stange para las doce y media del día. Tras escuchar a Jarpa, golpeó la mesa y gritó a Fernández y a quienes estaban en el círculo íntimo: “¡Son todos unos traidores, me engañaron que ganaríamos!”. Fernández quiso renunciar, pero el dictador no aceptó. A sus ministros les anunció que el plebiscito “¡está perdido, señores!”. Algunos lloraron, otros se fueron a rezar a la capilla de palacio.

Los citados para las doce y media llegaron juntos a La Moneda, ya concertados, y con la opinión clara de que todo estaba perdido. Entonces, Matthei dijo la frase que desactivó la bomba de tiempo: “¡Tengo bastante claro que ganó el NO!”.

En el comando del NO se desató la alegría y apareció el champagne.

¿Y dónde está el champagne?

Después de abandonar la idea del zarpazo final para ordenar que el Ejército copara las calles, intención que Matthei confirmó el 5 de octubre de 2000 en entrevistas de prensa, Pinochet se jugó todavía su última carta en la reunión con los comandantes en jefe. En la reunión estuvieron también presentes Fernández y el ministro de la Presidencia, general Sergio Valenzuela. El primero trató de aliviar la tensión diciendo que si bien se había perdido, Pinochet y su obra salían fortalecidos. A ello, Matthei respondió irónicamente: “¿Y dónde está el champagne para celebrar, entonces?”. En ese instante Valenzuela se desmayó y cayó al suelo.

Ahora, Pinochet soltó a los citados la carta bajo la manga. “Firmenme el acta de esta reunión”, les dijo. “¿Qué acta?”, respondió Matthei, leyendo el papel. El documento pedía más poderes para él, de manera de poder negociar a su favor el fin del régimen. “No, señor, yo no firmo nada”, respondió Matthei levantando la voz. Lo mismo hicieron Merino y Stange.

Poco antes, Cardemil reconocía el triunfo del NO en un nuevo cómputo parcial, dándole a éste un 53,41% y al SÍ el 44,34%. Pero a esa hora, las dos de la madrugada, el pueblo ya estaba en las calles celebrando, esta vez sí con champagne. Resultado final oficial: el NO, 54,7%; el SÍ, 43%.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 